

LA IMPOSTERGABLE RELACIÓN ENTRE EMPRESA, COSMOTEANDRÍA Y DIGNIDAD HUMANA*

THE URGENT BUSINESS RELATIONSHIP, COSMOTEANDRÍA AND HUMAN DIGNITY

*Hugo Alejandro Oliveros Charris***

Recibido: mayo 13 de 2013

Aprobado: octubre 22 de 2013

RESUMEN

El artículo tiene como objeto generar una reflexión sobre la opción que tiene el hombre desde su dimensión religiosa y la cual se evidencia en la dignificación del ser humano. El tema se aborda desde dos perspectivas, primera, la necesidad de volver a Dios y desde allí fundamentar la opción por los otros, segunda, ver la empresa como un espacio propicio para dignificar al ser humano.

Asumiendo estas perspectivas, el texto se estructura en cuatro partes: la primera permite mostrar la realidad del hombre en el contexto actual, en la segunda parte se trata de ver cómo la antropología teológica, desde la mirada de Raimon Panikkar le exige al hombre una opción imperativa por el otro, la tercera parte conduce a visualizar a la empresa como propiciadora de la alteridad y la dignificación, y se concluye, en la cuarta parte, con unas consideraciones finales en relación a los retos y desafíos que tiene hoy la empresa en relación con la persona.

* Artículo producto de los procesos posgraduales que adelanta el autor en la Maestría en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana.

** Especialista en Doctrina Social de la Iglesia, docente de la Institución Universitaria Salazar y Herrera. Correo: h.oliveros@iush.edu.co

PALABRAS CLAVE

Dios, hombre, mundo, empresa, dignidad, vocación

ABSTRACT

The paper is to generate a reflection of the option with the man from the religious dimension and which is evident in the dignity of human beings. The subject is approached from two perspectives, first the need to return to God and from there to base the option for the other, second, see the company as a space for the human dignity.

Assuming these perspectives, the text is divided into four parts: First, it shows the reality of man in the present context, the second part is about seeing as theological anthropology from the perspective of Raimon Panikkar requires the man an option imperative on the other, the third part leads to view the company as a pledge of otherness and dignity, and concludes, in the fourth part with some final considerations regarding the challenges that the company has today regarding person.

KEY WORDS

God, man, world, company, dignity, vocation

INTRODUCCIÓN

El hombre debe asumir en su realidad que una de las dimensiones que lo constituyen en su integralidad es su ser religioso, lo que le implica que todos sus actos y comportamientos pueden estar fundamentados en una relación profunda con Dios, un Dios uno y trino. El hombre, al dejarse penetrar en esta relación, logra crecer en sabiduría y caminar en el encuentro con Dios en concordancia con la tarea que él le ha encomendado: “vayan y hagan discípulos entre todos los pueblos, ... y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Yo estaré con ustedes, hasta el fin del mundo” (Mateo 28, 19 – 20).

Esta relación genera exigencias que le permiten al ser humano formarse en unas competencias que se hacen necesarias para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana. El hombre que parte desde su relación con Dios entenderá que el trabajo con el otro y por el otro, es parte constitutiva de su vocación. La vocación del hombre consiste en comprometerse con un Dios que se encuentra en el otro, como lo expresara Juan Pablo II: “la humanidad significa un llamado a la comunión interpersonal” (*Mulieris Dignitatem* N° 7), cuyo vértice es el mandamiento del amor. Lo cual significa para el hombre que se debe tener claro que el camino hacia Dios está en la opción, por los otros, desde la vocación dada por Dios “la vocación cristiana al desarrollo ayuda a buscar la promoción de todos los hombres y de todo hombre” (*Caritas in Veritate*, N° 18).

La vocación es un genuino llamamiento humano y cristiano que se testimonia en los lugares donde se desarrollan las actividades de vida. En este sentido la empresa se constituye en un medio para responder a la vocación a la que hemos sido llamados. La actividad empresarial no puede perder de vista que “el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social” (*Gadium et Spes* N° 63). Con estos términos lo declaró el Concilio Vaticano II, al tiempo que recordaba que “la actividad económica debe ejercerse siguiendo sus métodos y leyes propias dentro del ámbito del orden moral, para que se cumplan así los designios de Dios sobre el hombre” (*Gadium et Spes* N° 64). De igual forma Juan Pablo II lo recordó en *Laborem Exercens* afirmando que:

...el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra de la creación, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado (Nº 25).

De esta manera, el hombre se dignifica y demuestra la experiencia de Dios en una relación consecuente, es decir, en palabras de Panikkar, la relación cosmoteándrica (Dios, hombre y mundo) vital para la plena realización del ser humano y por el hombre mismo (el otro). De allí se deduce que la opción por Dios (totalmente Otro) es la opción por el otro hombre, por lo otro (mundo) que le ayudaría desde esta relación a responder a los desafíos que plantean hoy los signos de los tiempos. Por tal razón la empresa como entidad social debe tender a la tarea de incluirse en estas necesidades que el contexto demanda.

Según lo planteado anteriormente y en consonancia con la responsabilidad social empresarial, la empresa se debe adecuar a las exigencias que el medio determina desde lo ambiental, lo económico y lo social, por ello nuestro estudio pretende enfocar la cosmoteandria como valor agregado al devenir de la empresa.

1. LA SITUACIÓN DEL HOMBRE EN LA REALIDAD

Hoy el mundo necesita de hombres fortalecidos y con las manos levantadas hacia Dios, “sin Dios el hombre no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es” (*Caritas in Veritate*. Nº 7), o como lo plantea el texto bíblico “sin mí no podéis hacer nada” (Jn. 15,5) y leer desde la presencia de él la realidad y responder a ella desde sus fundamentos. “Tanto los llamados creyentes como los mal denominados no – creyentes, están viviendo sin referencia vital a una trascendencia que les oriente” (Panikkar, 1963, p. 12)

Los contextos actuales dramáticos y de una sociedad líquida conducen al hombre a vivir más que a pensar, lo que nos lleva por un camino de lo rápido, lo efímero, lo *light*, lo casual. Creemos que vivimos en un mundo más seguro y más fuerte cuando en realidad es cada vez más débil y frágil y la causa de tal debilidad se deriva, según Panikkar y los posmodernos, por haberse construido un hombre con un

carácter artificial, derivado de un mecanicismo materialista y la tendencia falogocéntrica y también de espaldas a la trascendencia. Panikkar por su parte ha considerado que los tres grandes problemas que aparecen hoy a la conciencia humana y que siguen preocupando a la humanidad son la tierra, el cielo y el ser humano.

Siguiendo a Panikkar en sus consabidos problemas (tierra, hombre y cielo), es decir, el mundo en su totalidad, la vida humana en su complejidad y Dios en su infinitud y trascendencia, se nos presentan como problemas;

El hombre occidental, en un proceso que la historia del pensamiento distintamente perdió a Dios al finalizar la Edad Media (CIELO), se perdió a sí mismo en el Siglo de las Luces y en el idealista (SER HUMANO), y se ha perdido, se ha extraviado en medio del mundo (TIERRA) en la época contemporánea, en la época de la técnica. Dejó de creer eficazmente en Dios, perdió el sentido de su propio ser y no sabe qué hacer en el mundo para llenar el vacío que siente todo hombre que viene a este mundo (1963, p. 10)

En relación al ser humano existe la necesidad de volver a él, debido a la incertidumbre que se teje en relación a su identidad que se convierte en una de las grandes preocupaciones para el mundo posmoderno, la respuesta la tiene el mismo hombre, él “es el único animal que tiene que saber lo que es para serlo” (Choza, 1988, p. 40), en esta tarea las diferentes disciplinas seguirán aportando para ayudar en esta exigencia que se plantea hoy en relación a la identidad del mismo hombre.

El hombre, por lo tanto, es un objeto de investigación. Él trata de asistir al origen mismo de su conciencia. La teología desde el “*Compendio de la doctrina social de la iglesia*” propone descubrir al hombre desde su totalidad y desde esta apuesta propone que:

La persona no debe ser considerada únicamente como individualidad absoluta, edificada por sí misma y sobre sí misma, como si sus características propias no dependieran más que de sí misma. Tampoco debe ser considerada como mera célula de un organismo dispuesto a reconocerle, a lo sumo, un papel funcional dentro de un sistema” (Nº 125).

El hombre se descubre en su totalidad (social, histórica, moral, biológica, cultural y religiosa) y esto nos lleva a asumir que el hom-

bre debe ser mirado como tal y cada una de estas dimensiones debe dar una mirada del hombre que en confluencia forman un conjunto que conduce a dar una nueva concepción del ser humano.

Una de las dimensiones fundantes del hombre es la dimensión religiosa, dimensión relacional de carácter trascendente que podría humanizar más al hombre. “La relación Dios y el hombre se refleja en la dimensión relacional y social de la naturaleza humana” (Catecismo de la Iglesia Católica, N° 369). Por ello se debe mirar al hombre sin fraccionarlo, aunque así lo haya hecho la historia durante muchos siglos, en lo epistemológico y en sus relaciones vitales.

El mundo, y sus características actuales de segmentación de la realidad, nos muestra que cuando todo se centra en el hombre, puede quedarse solo en la resolución de sus necesidades humanas meramente inmanentes, manifiesta un egocentrismo, utilitarismo y se ahoga en un profundo individualismo. El hombre, cuando asume su dimensión religiosa con todas sus exigencias, da una mirada diferente a su misión en la vida. Ya lo expresaba el Papa Benedicto XVI en su alocución en el encuentro de educadores católicos en el 2009 “la dimensión religiosa es intrínseca al hecho cultural, concurre a la formación integral de la persona y permite transformar el conocimiento en sabiduría de vida” además, “el hombre no puede dejar de abrirse a la vocación divina para realizar el propio desarrollo. El verdadero desarrollo consiste en su totalidad: si no es de todo el hombre y de todos los hombres, no es el verdadero desarrollo” (*Caritas in Veritate*, N° 18).

El hombre en sí mismo no puede alcanzar su plenitud y su trascendencia salvo si su vocación está interrelacionada con el otro y con la tarea a la que él es llamado. Por tanto, dicha vocación se constituye en una tarea que le integra en un ideal, tal como lo asevera Panikkar:

Resulta evidente que el hombre necesita un ideal que colme y sostenga su finitud; sin un objetivo exterior a sí mismo, el hombre puede caer no solo en un egocentrismo que se traduce en deshonestidad hacia el prójimo, sino en el tedio debido a la insignificancia de una vida contingente que se auto limita volviéndose así asfixiante, con esto se dice que en el hombre contemporáneo está emergiendo la tendencia a un ideal de carácter personal que pueda sostener su necesidad de creer. Sería una fe atea. (2005, p.178)

Mirar al hombre y darle sentido, y sentido a su vida en los actos, se debe hacer desde un enfoque interdisciplinario; antropológico, sociológico, psicológico y teológico que mutuamente se necesitan para generar una visión integral e íntegra en el ser humano, se percibe que la mirada al ser humano se ha dado fraccionada y se ha centrado sólo en la razón.

La persona no debe ser considerada únicamente como individualidad absoluta, edificada por sí misma y sobre sí misma, como si sus características propias no dependieran más que de sí misma. Tampoco debe ser considerada como mera célula de un organismo dispuesto a reconocerle, a lo sumo, un papel dentro de un sistema (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N° 125)

A lo anterior se suma que la ciencia y la tecnología presentan unos fenómenos en relación al ser humano que son muy complejos y conducen a manifestar hechos evidentes en el cual al hombre lo han minimizado, son muchos los actos humanos que demuestran a la técnica por encima de la persona, lo que implica que “cada uno conocería, evaluaría y decidiría los aspectos de su vida desde un horizonte cultural tecnocrático” (*Caritas in Veritate* N° 70), esto ha pasado porque no se ha entendido que “la técnica se inserta en el mandato de cultivar y custodiar la tierra” (Génesis 2, 15), que Dios ha confiado al hombre, y se orienta a reforzar esa alianza entre ser humano y medio ambiente que debe reflejar el amor creador de Dios” (*Caritas in Veritate* N° 69).

La realidad individualista en la que vive el hombre, y su relación con los otros, lo constriñe a su autodestrucción, “el desarrollo de la persona se degrada cuando ésta pretende ser la única creadora de sí misma” (*Caritas in Veritate* N° 68), Cuando se degrada el hombre también se obstaculiza el desarrollo de los otros, debido a que la persona sin criterios éticos utiliza al otro para sus propios beneficios, lo que genera es un “maquiavelismo” de tipo social.

Esta relación separada y discriminatoria de la realidad, y cegada por sus necesidades individuales, conduce al hombre a vivir en un contexto antinatural y consumista. Panikkar afirma,

... que la modernidad cree en una antropología independiente de cualquier cosmología. Todo está centrado en el hombre, que sigue hablando del cielo, incluso si este cielo no está en ninguna parte.

El hombre corta su cordón umbilical con el cosmos: se convierte sólo en historia y esto da lugar a una espiritualidad desencarnada (1999, p. 16).

Esta ruptura es la que ha llevado al hombre a vivir en una realidad maltratada y segmentada por sus propios actos y que conduce al demérito de relaciones con su yo, con los otros, con la naturaleza y con Dios. Actos impresos por una modernidad marcada por la ciencia y la tecnología que ha agudizado los fenómenos humanos y los complejiza hasta lograr una decadencia antropológica caracterizada por los siguientes aspectos:

- El consumismo: Sociedad materializada, industrializada y tecnolozada.
- La reducción de la vida humana a un mundo histórico y gobernado por las leyes de la mecánica.
- El artificialismo, el anonimato y la despersonalización.
- La presunción “el hombre es esencialmente diferente de la naturaleza y superior a ella: homocentrismo provocando su propia soledad.
- La creencia de que el dominio y control de las llamadas fuerzas de la naturaleza representan un progreso hacia la perfección del hombre y del universo.
- La ruptura del sentido colectivo de las comunidades humanas, como consecuencia del individualismo cósmico del hombre, la insolidaridad utilitarista con el cosmos, conlleva a la concepción de la libertad como una opción personal individualista. La escala de valores es personal y, roto el mito de convivencia con el medio por el logos ideológico de la tecnología, no hay razón para mantener el mito de convivencia con el hombre.
- La trepidación interior del hombre que cree tener que trabajar (algo distinto del vivir y cooperar a la vida del universo) para justificar sus existencia.
- La pérdida de la relación con el espacio y el tiempo como categorías antropológicas para llegar a ser prisioneros de un tiempo y de un espacio como abstracciones científicas.

- La desnutrición de la escala humana o abandono de la medida propia del hombre y su sustitución por la medida propia de la máquina.
- La instrumentalización de las personas.
- El acrecentamiento del deseo de poder (Meza, 2009, p. 31)

Esta es la realidad en la que está sumergido el ser humano según la concepción de las ciencias sociales criticada por Foucault, que caracteriza al hombre de hoy como sujeto fruto de las ideologías y de las consecuencias de lo que él mismo vive. Además el ser del hombre no es en sí, de modo independiente, sino que es el resultado de la manipulación de conceptos acerca de sí, debido a la incompreensión de sí mismo con respecto al uso del poder, que muchas veces, y externamente le definen la identidad como ser “integral”. Concepción de Foucault análoga a la presentada por Panikkar:

El hombre tiende a vivir una existencia mediocre en un mundo de multiplicidad descentrada y, a fin de cuentas, ésa es la condición humana, perdonamos ciertas formas de esclavitud y aguantamos la explotación y la injusticia, pero sin embargo nos permitimos sentirnos bastante honrados esto como fruto de su propia fragmentación (Panikkar, 1999, p. 27).

Esta fractura de la relación del hombre con la divinidad, con el mundo y consigo mismo, deriva en gran parte de la visión sesgada del mismo hombre con su entorno y de la ruptura relacional del hombre con Dios, lo que hace que sus actos no fluyan de una unidad interna unificadora de todo su ser, sino de una serie de actividades yuxtapuestas narradas con anterioridad. Ante esta mirada inmanente de lo humano, se debe agregar el carácter trascendente propio de la naturaleza humana “ya que cualquier cosa que se diga del hombre con respecto al mundo vincula, de una manera u otra, a Dios” (Meza, 2009, p. 33).

En este contexto, el de la disolución del hombre con Dios y con el mundo, las religiones sufren el embate de la racionalidad laicista viviendo sin referencia vital de una trascendencia que les oriente, convirtiéndose en una causa que genera una relación fraccionada entre la profesión de la fe y los actos de su cotidianidad, aplicable como

lo expresa el Documento de Aparecida: “en nuestra iglesia debemos ofrecer a todos nuestros fieles un encuentro personal con Jesucristo, profundo e intenso, un anuncio *kerigmático* y el testimonio personal de los evangelizadores, que lleve a una conversión personal y un cambio de vida integral” (Nº 226).

Es por esto que en la actualidad se plantea en el hombre la imposterabilidad y la necesidad de exigirse en la relación con él mismo y comprender que no se puede negar a Dios, *so pena* de la alienación del mismo hombre. El hombre camina en unión con la experiencia de Dios, él debe reconocer que desde su diversidad de dimensiones (social, cultural, corporal, espiritual, afectiva, histórica, política, entre otras) se estructura como unidad. La dimensión espiritual es una de las tareas urgentes que tiene la persona en el área de su formación y de su conocimiento puesto que la “competencia teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana” (*Centesimus Annus*. Nº 55), además “por su espiritualidad el hombre supera a la totalidad de las cosas y penetra en la estructura más profunda de la realidad” (Compendio de la Doctrina social de la Iglesia Nº 128), o como lo expresa Meza: “La respuesta de la fe, sin temor a equivocarnos, no se encuentra en el campo de la *doxia* o sólo de la *doxia* -, sino en el campo de la *praxis* en donde la vida humana se vive con la plenitud dentro del *continuum* inmanencia – trascendencia” (Meza, 2009, p. 34).

Es conveniente distinguir desde la antropología teológica cómo sondea lo humano rastreando en él aquello que reside no en cualquiera de sus niveles de realidad, sino todo su ser. Por lo tanto se construye un discurso que no se conforma con aspectos parciales de la realidad humana sino que profundiza en su totalidad. En este sentido la teología piensa a Dios para pensar al hombre y pensar al hombre desde la óptica cristiana implica asumirlo como imagen y semejanza de Dios y que ha recibido de Dios mismo una incomparable e inalienable dignidad (Cfr. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia Nº 105).

2. LA ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA Y LA OPCIÓN POR EL OTRO: UN CAMINO HACIA LA DIGNIFICACIÓN HUMANA

Ante la constante individualización y la agudización de fenómenos que tienden a vilipendiar la vida humana en sus múltiples expresiones: sociales, políticas y de fe, entre otras, la teología de contexto de Panikkar presenta una noción integral de la existencia humana sin desligar su carácter inmanente y trascendente, en tal sentido, e insertos en la antropología teológica, se pueden ofrecer razones para la dignificación. Por ello una antropología teológica integral debería caracterizarse por considerar al hombre desde una “perspectiva más unitaria”, menos fragmentada, tanto en su interioridad como en su exterioridad. Esto implica necesariamente una mirada diferente y holística de la realidad y confirmar las exigencias que ante el entorno actual demanda el contexto, como lo es la elaboración de una antropología integral para nuestros días y “se necesita una antropología que satisfaga nuestra comprensión del ser humano” (Panikkar, 2000, p. 124), sin olvidar la dimensión tripartita o mejor holística del hombre:

El Mundo, el Hombre y Dios considerados como tres entidades separadas e independientes, son incompatibles no hay lugar para todos. En realidad Mundo, Hombre y Dios están entrelazados en un *perichoresis*¹ constitutiva. Un mundo sin hombres no tiene sentido, Un Dios sin criaturas dejaría de ser Dios, un Hombre sin Mundo no podría subsistir, y sin Dios, no sería verdaderamente Hombre, Dios se sublima pero la sublimación debe condenarse luego en alguna parte y es el interior del hombre lo que ofrece las paredes para una cristalización de Dios dentro del hombre, más no como un ser distinto que ha venido a refugiarse en nuestro interior, sino como algo

1 La *perichóresis* es una realidad divina, conocida por la fe y máxima expresión de Dios como Comunión, como Vida personal, como Amor. El Damasceno la describía así: "la permanencia y la morada de una de las tres Personas en la otra significa que son inseparables, que no han de separarse, que tienen entre sí una compenetración sin mezcla. No se funden y se mezclan entre sí, sino que se conjugan mutuamente. Es decir, el Hijo está en el Padre y en el Espíritu, y el Espíritu está en el Padre y en el Hijo, y el Padre está en el Hijo y en el Espíritu, sin que tenga lugar una fusión, o una mezcla, o una confusión. El movimiento es uno e idéntico, ya que el impulso y el movimiento de las tres Personas es único, algo que no se puede advertir en la naturaleza creada" Disponible en: http://www.theologoumena.com/articulos_jorgeSA/La_Trinidad_y_la_presencia_de_persona.htm

que en rigor le pertenece y que solo momentáneamente había sido desplazado, pero toda metáfora es peligrosa sobre si se interpreta substancialmente, el Hombre no es un Dios ni el centro de todo (Panikkar, 1996, p. 181).

En tal sentido, la visión trinitaria muestra la certeza de la realidad constitutiva relacional entre tres polos distintos, pero inseparables. Esta relación entre Dios – hombre – mundo no se trata de aventuras individuales, ni la caracterización del triángulo epistemológico descrito por la filosofía. “La realidad última es trinitaria: ella es divina, humana y cósmica... hay tres dimensiones de lo real: una dimensión de infinito y de libertad que llamamos corporal o material que llamamos cosmos. Todos participamos de esta aventura de la realidad” (Panikkar, 1998, p. 135), es decir lo divino, lo humano y lo cósmico, son las tres dimensiones de la realidad; Dios, hombre y mundo son partes constitutivas, inalienables y unitarias. Panikkar lo afirma indicando que es difícil aceptar que el hombre no necesite de Dios para ser hombre, y del mundo para volver a Dios “Dios no es sólo el Dios del hombre, sino también el Dios del mundo, porque un Dios sin una función cosmológica y cosmogónica no sería Dios en absoluto, sino un mero fantasma” (1999, p. 82), Dios es esta dimensión que permite que el mundo y el hombre sean mejores, con lo cual se confirma que la trinidad es el lugar donde el pan y la palabra llegan a su encuentro, donde lo humano y lo divino convergen. El hombre que no se asume como trinitario se dejaría llevar por las manifestaciones humanas de su exigente entorno y terminaría por autodestruirse e, indefectiblemente, se convertirá en su propio Dios, lo que lo llevaría a ahogarse en sí mismo.

Siguiendo a Panikkar los actos del hombre que no estén sustentado en su unidad desde lo cosmoteándrico², queda relegado a un activismo desde las buenas intenciones humanas, que sin ser equivocadas pueden quedarse en un acto egocéntrico. “Sólo el encuentro con Dios permite no ver siempre en el prójimo solamente al otro,

2 Reconocer que lo divino, lo humano y lo terreno son las tres dimensiones irreductibles que constituyen lo real, no hay tres realidades: Dios, el Hombre y el Mundo; pero tampoco hay una, o Dios, u Hombre o Mundo, la realidad es cosmoteándrica. Es nuestra forma de mirar lo que hace que la realidad nos parezca a veces bajo un aspecto y a veces bajo otro Dios. Hombre y Mundo están por así decirlo en una íntima y constitutiva colaboración para construir la realidad para hacer avanzar la historia, para construir la creación. (Pannikar, 1998. p 93)

sino reconocer en él la imagen divina, llegando así a descubrir verdaderamente al otro y a madurar un amor que es ocuparse del otro y preocuparse por el otro” (*Caritas in veritate* N°.11).

La idea de Panikkar converge, esencialmente, con la tradición del pensamiento social cristiano, pues, la mutua existencia de la Divinidad encarnada en la humanidad, se presenta hoy como el espacio y el modelo de la unidad a la que están llamadas las personas humanas, sobre la base de su inserción en la vida misma del amor trinitario. En este sentido es valiosa la afirmación del Concilio Vaticano II:

El Señor, cuando ruega al Padre que “todos sean uno, como nosotros también somos uno” (Cfr. Juan 17, 21 – 22) abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás (*Gadium et Spes*, N° 24).

Son evidentes las implicaciones antropológicas, sociales y teológicas de esta perspectiva, pues el concilio presenta con mayor claridad una visión integral e integradora del hombre, no obstante las diferentes interpretaciones del mismo, poco hacen justicia con lo que se expresa, es por ello, que la perspectiva teológico integral de Panikkar ha sido estigmatizada como teología meramente contextual. Por lo tanto, en lenguaje teológico la relación con Dios no sería posible sin la relación con el hombre y la naturaleza. En este sentido, “la apertura trascendental a Dios se actúa, de hecho y necesariamente, en la mediación categorial de la imagen de Dios. El diálogo con el tú divino se realiza ineludiblemente en el diálogo con el tú humano” (Ruíz de la Peña, 1988, p. 180). Es así cómo, el hombre más que un individuo, es un ser relacional y personal. Su vocación consiste en encontrarse con los demás y ello es producto de la provocación que la presencia del otro supone para nosotros, lo que significa que “el hombre no puede dejar de abrirse a la vocación divina para realizar su propio desarrollo. La verdad del desarrollo consiste en su totalidad: si no es de todo el hombre y de todos los hombres, no es el verdadero desarrollo” (*Caritas in Veritate* N° 18).

Un auténtico desarrollo, implica algo más que el mero desarrollo material, es decir el progreso económico, si no es guiado por principios inspirados en el pensamiento social cristiano, poco satisfacen a la vida humana y se evidencia en una “cultura del egoísmo”. Es por ello que el hombre no puede vivir aislado del cosmos y separado de Dios, la relación con el mundo es fruto de la relación profunda con Dios, “el hombre está colocado entre Dios y el mundo” (Panikkar, 1963, p. 42), tal criterio le permite al hombre ser mediador entre el cielo y la tierra.

Esta tarea de mediador le lleva a asumir responsabilidades naturales con él mismo y con el cosmos, “ser persona a imagen y semejanza de Dios comporta ... existir en relación al otro yo” (*Mulieris Dignitatem* N° 7), se trata de que asuma que es una unidad en la diversidad y que tome como tarea la responsabilidad con los otros, “no hay un yo sin un tú, que no es otro sino la otra parte del mismo yo, amar al prójimo como a sí mismo, no es quererlo como a otro mismo, sino como formando parte de uno mismo: amarle como a un tú, que no es otro” (Panikkar, 2005, p. 107). La primera carta de San Juan dice “querido, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (1 Juan 4, 11 – 12).

Por lo cual, se fundamenta que la “humanidad significa un llamado a la comunión interpersonal, porque la imagen y semejanza de Dios trino son la raíz de todo el *ethos* humano... cuyo vértice es el mandamiento del amor” (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia N° 33). De allí que:

...El actuar humano, cuando tiende a promover la dignidad y la vocación integral de la persona, la calidad de sus condiciones de existencia, el encuentro y la solidaridad de los pueblos y de las naciones, es conforme al designio de Dios, que no deja nunca de mostrar su amor y su providencia con sus hijos (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. N° 35).

El camino de lo cosmoteándrico no se contenta con dejar la huella trinitaria de la creación y la imagen del hombre, sino que se permite observar, juzgar y dar una respuesta pastoral a la realidad en su totalidad. Al optar por esta realidad el hombre lleva a reconocer que la

visión cosmoteándrica significa una intuición holística e integral del entorno y de todo lo que existe, por lo tanto el mundo es una articulación de sujetos inter dependientes, teniendo a Dios como actor y al hombre como responsable del cuidado de la creación.

Por ello el actuar humano cosmoteándrico debería conducir a la armonía en el caminar cotidiano de su vocación, pues cuando hay ruptura entre Dios – hombre y mundo no solo epistemológica, sino existencial, “el hombre rompe su relación con la tierra, queriendo bastarse a sí mismo se vuelve un monstruo; queriendo dominarla, se destruye a sí mismo, cuando rompe su relación con los cielos se convierte en un autómatas que destruye a los demás” (Panikkar, 1993, 49), o como lo expresa, en otro sentido, *Caritas in Veritate* “creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social” (Nº 34).

La tarea del hombre consiste en la búsqueda de la unidad en la pluralidad y la necesidad de responder a los desafíos actuales, permitiéndose al hombre pensar y repensarse sus espacios de actuación en coherencia con su vocación cristiana. “La vocación cristiana al desarrollo ayuda a buscar la promoción de todos los hombres y de todo hombre” (*Caritas in Veritate*. Nº 18), de allí que la construcción de los hombres debe coincidir con la construcción de la *ciudad de Dios*. Esta construcción reactualiza el acto fundamental de la existencia, como lo expresa Panikkar: “... una de las actividades más importantes del hombre, quizá consiste hoy en una consagración total y personal a favor de aquellas gentes, grupos, naciones o razas que, de una manera u otra necesitan una mano que les ayude a llevar una vida más justa humana”.

Y continúa Panikkar diciendo que, en consecuencia, cualquier acción movida por la fe, consiste en:

Hacer, trabajar y colaborar en la construcción de la ciudad de los hombres, siendo muy conscientes al mismo tiempo de que esta ciudad posee una dimensión que trasciende lo que se ve en primera vista, de que la ciudad de Dios no es una segunda ciudad sino el mundo real cuya apariencia es, precisamente ésta, nuestro mundo visible (1999, p. 56)

De hecho Dios es el verdadero garante del desarrollo del hombre, en cuanto fue creado a su imagen, y todo aquello que el hombre decida realizar debe llevar a corroborar al despliegue de la obra de la creación, es la empresa por tanto el espacio vital para que el hombre demuestre que lleva “la imagen del creador, concretamente en sus capacidades de razonar y elegir libremente, así como también en su inclinación a compartir sus vidas con los demás (su naturaleza social)... por lo tanto una persona desarrolla sus habilidades, virtudes y santidad, viviendo en comunidad, es decir, en comunión con los demás” (Vocación del líder empresarial N° 32).

3. LA EMPRESA: ESPACIO VITAL EN LA OPCIÓN POR EL OTRO Y LA DIGNIFICACIÓN DEL SER HUMANO DESDE LA ÓPTICA CRISTIANA Y AQUELLA DERIVADA DE LA CONCEPCIÓN COSMOTÉANDRICA

La dignidad humana desde la óptica cristiana es entendida desde la concepción de ente creado como reflejo de la naturaleza divina y tiene la capacidad autónoma racional dada por Dios. El Dios trinitario es persona, es relación, es otredad. Dios es una comunidad de personas, es decir de relaciones, en definitiva Dios es relación. El “yo” comprende al otro como un tú y este otro se va convirtiendo más y más en un tú en tanto es la medida que es conocido y amado por un yo. Tal relación tiene sus límites, lo interpela, lo cuestiona y termina definiéndolo. Si Dios es amor, el hombre está llamado al amor por el mismo hecho de ser persona. En concordancia con los acápites anteriores, la comprensión del individuo como sujeto inserto en múltiples realidades y garante de dignidad en coherencia con la definición cosmoteándrica conduce inexorablemente a comprender al otro, a Dios y a la naturaleza como artífices últimos de su existencia. En este sentido, cuando se dice que el hombre es un ser hacia el otro se concibe como un dinamismo decisivo de salida y de auto trascendencia que permite la construcción personal. Dicho dinamismo viene a consistir entonces en “un permanente salir de sí mismo para ir al otro, para comprenderlo y asumirlo, para dar y darse al otro, en la perseverancia de una relación fiel. Solo así la persona se expone, existe, se hace prójimo y se convierte en rostro” (Panikkar, 2007, p. 308).

El anterior fundamento se encamina a plantear la relación y la importancia en conjunto entre el yo, y el tú con el nosotros. Uno de

los espacios de encuentro vital de este tejido de relaciones es la empresa, desde la perspectiva del pensamiento social de la Iglesia la empresa es ante todo una comunidad de personas libres y responsables que se asocian para llevar a cabo una obra común, dentro de la cual trabajan, aportan recursos, se desarrollan en su humanidad y contribuyen eficazmente a la producción de bienes y servicios. Así lo expresa el Papa Juan Pablo II: “la empresa no puede considerarse únicamente como una sociedad de capitales; es, al mismo tiempo, una sociedad de personas, en la que entran a formar parte de manera diversa y con responsabilidades específicas los que aportan el capital necesario para su actividad y los que colaboran con su trabajo” (*Centesimus Annus* N° 43).

Por consiguiente uno de los grandes avances que ha tenido la empresa en la relación natural con las personas, “ha sido la articulación de principios éticos – sociales como fundamento y como práctica, y una visión de la empresa como comunidad de personas. Esto constituye una guía para el éxito empresarial, ya que está basada en la persona humana y ¿en qué consiste el desarrollo humano en la empresa? en la comunidad y en el mundo” (Vocación del líder empresarial N° 29).

Hablar de persona y empresa es hablar de responsabilidad y, la responsabilidad de la empresa, además de “atender las necesidades humanas a través de la producción de bienes y servicios, de organizar el trabajo de modo que sea bueno y productivo y utilizar recursos para crear y compartir riqueza y prosperidad de forma sostenible” (Vocación del líder empresarial N° 38), asume la tarea del respeto y la promoción de la dignidad. Hoy las necesidades y las exigencias del contexto nos plantean que la tarea de todo ser humano consiste en tener por misión ayudar a dignificar al ser humano “el auténtico desarrollo debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre” (*Caritas in Veritate* N° 18).

La tarea de la dignificación humana desde educación empresarial hoy no ha de estar sujeta solamente a la sociedad, al estado y a la familia. Se trata de afirmar que este compromiso con el otro es de todos y la empresa como entidad con función social tiene la tarea de incluirse en estas necesidades.

Por tanto, la primera tarea que tiene la empresa es la aceptación de responsabilidades desde lo humano, “lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera” (*Centecimus Annus* N° 53) asumir esta opción al interior de la empresa implica una atender las múltiples dimensiones que hacen parte del ser humano.

A este respecto Mejía, citando a Savater, plantea una similitud entre el mundo empresarial y el de las organizaciones: “todos los seres humanos nos organizamos alrededor de algo para generar bienestar. Toda organización, con ánimos altruista tiene como fin juntar voluntades para obtener resultados benéficos a sus semejantes” (2010. p. 18), tener claro lo anterior implica asumir que la organización empresarial debe estar al servicio del hombre a fin buscar los medios necesarios para proyectarlo, significarlo, estructurarlo, acompañarlo en su desarrollo humano, cualificarlo en la academia, acompañarlo en su realidad familiar, empoderarlo en su función laboral y fortalecerlo en su dimensión espiritual. Estas tareas conducen a dignificarlo y orientarlo hacia el mundo de la multiplicidad.

Hoy existe un afán de transformar las organizaciones en su conjunto y convertirlas como decía *Gadium et Spes* refiriéndose a la familia en la “escuela del más rico humanismo” (N° 52) lo que permite entender que el nosotros genera un proceso de conversión social en la opción por el tú y el yo. Hoy se le llama corresponsabilidad social, de forma análoga como sucedió en la parábola ejemplar del buen samaritano.

En tal contexto, la dignificación del ser humano en las organizaciones tiene ante todo un fin que es el de generar bienestar y riqueza; pero lo importante, también, es generar valores éticos para que el hombre puede crecer en sociedad y realizar su proyecto de vida. La empresa debe ayudar a que el hombre alcance y conquiste su proyecto de vida, o como lo expresara Adela Cortina, refiriéndose a las empresas con carácter ético:

Frente a las lacras de las viejas instituciones se entiende entonces que una empresa éticamente impecable, es decir, la que persigue los objetivos por los que una empresa existe (satisfacer necesidades humanas) se caracteriza por la agilidad y la iniciativa, por el fomento de la cooperación no ya del conflicto, como antaño entre sus

miembros, ya que a todos nos mueve un interés común, por la solidaridad al alza, por el riesgo razonable, por la corresponsabilidad. Pero todo ello dentro de un marco de justicia sin el que cualquier empresa es inmoral (2008, p. 15)

Entonces, el empresario, según lo anteriormente descrito es aquel que está en una búsqueda de formación de la buena voluntad, es decir aquel que tiene influencia en los comportamientos, valores y actitudes de las personas que conforman su empresa es decir los *stakeholders*³ (empleados, gobierno, proveedores, medios de comunicación, medio ambiente, propietarios, comunidad local), cumplen un papel decisivo en la configuración y transformación de la vida económica y social. Los empresarios serían los garantes en la creación de condiciones necesarias para el desarrollo integral de las personas, por tanto asumen, según la disposición de una especie de imperativo moral que permite desarrollar a plenitud su condición de ser Imagen de Dios (*imago dei*). “Una organización crece en la medida que crecen los seres humanos que la componen, por eso me gusta más el concepto de desarrollo humano que de recurso humano. El papel frente a los miembros de la organización es el desarrollo integral como ser humano de cada uno de ellos” (Mejía, 2010, p. 21).

En suma lo expuesto en el obrar del líder empresario, y en la donación que de suyo hace, conduce, transmite a sus dirigidos hacia una comprensión virtuosa de autorrealización personal permite ir a la conquista de su proyecto de vida. Por lo cual, tal forma integral e integrante debe generar resultados totalmente satisfactorios para la empresa, para la sociedad y principalmente para la vida de quienes son centro de la relación económica, la primera responsabilidad social de la organización es fortalecer y dignificar a la persona en su dimensión humana y en su profunda relación con los otros: lo otro y el totalmente Otro (naturaleza divina) y de manera inmanente en el hermano. Con ellos se comparte nuestra vocación social y el saber de nuestra transformación personal, por ello:

Lo constitutivo del ser humano, es el ser en relación y por eso puede conocer. Pero una persona no es sólo comunicabilidad, es comu-

3 La Caixa revista de la Universidad de Navarra al realizar un estudio sobre los escritos de Milton Freeman fundamenta la definición de *stakeholders* como “*aquellos grupos que pueden afectar o ser afectados por el logro de los propósitos de la organización*”.

nión. Yo soy persona en cuanto que soy comunión. Comunión no es posesión no significa que los otros seres (Objetos u otros sujetos) me pertenezcan: no se trata de propiedad de objeto o de dominio sobre sujetos. Comunión significa pertenecerse mutuamente (el uno al otro) como sujetos (y no como simples objetos de un sujeto superior) comunión no significa que yo posea un tu (o un tu a un yo), sino que ambos se perteneces pues no hay el uno sin el otro y viceversa. El yo no es anterior al tú, ni el tú al yo. La relación no es casual, porque su ser es estar juntos (Panikkar, 1999, p. 30).

Cabe señalar que la profunda y estrecha relación que debe generar el yo, el tú - los otros y la organización, involucra continuar en la relación de cohesión de la propuesta de plenitud y calidad de vida de las personas objeto de la empresa, que es la relación intrínseca de un todo en la necesidad que tenemos los unos con los otros, y reconocer que es el otro el que me ayuda y me sirve en el fortalecimiento de un “yo” que necesita del “tú” y un tú que construye y valoriza su ser en el todo; por ello, la relación de la organización con sus miembros va mucho más allá del simple y mero hecho del empleo o de la relación patrono – obrero como lo pretendiera el neoliberalismo económico de Freeman y la escuela de Chicago. Por lo cual un deber de la organización es acompañar, no solo remunerar, no solo producir sino generar calidad de vida alrededor de la relación empresarial.

La tarea que se incluye en la empresa no solamente es vender ni proveer servicios, sino dignificar al ser humano y construir sociedad y así generar un vínculo de confianza de crecimiento y de promoción humana.

La meta de la actividad empresarial es la satisfacción de necesidades humanas a través de la puesta en marcha de un capital, del que es parte esencial el capital humano, es decir, las capacidades de cuantos cooperan en la empresa. Por tanto, el bien interno de la actividad empresarial consiste en lograr satisfacer esas necesidades y, de forma inseparable, en desarrollar al máximo las capacidades de sus colaboradores, metas ambas que no podrá alcanzar si no es promocionando valores de libertad, igualdad, justicia y solidaridad desde el modo específico en que la empresa puede y debe hacerlo (Cortina, 2008, p. 43).

Añadiéndole a esta concepción del capital humano que Adela Cortina retoma de las ideas del Peter Drucker, está nuestro intento de relacionar empresa con humanismo cosmoteándrico, una parte de ello se evidencia en que la empresa ayuda al ser humano a la realización de su proyecto de vida desde todas sus dimensiones. Ella ha entendido que “el hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propios progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo. Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a ser parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero” (*Caritas in Veritate*, N° 78), en este sentido, la tarea consiste en entender que la opción por Dios es la opción por el hombre y el mundo, desde todos los ámbitos y todo aquello que le implica al hombre relacionarse debe conducirlo a su dignificación. El hombre sirve a Dios comportándose precisamente como Dios quiere y precisamente como Dios quiere que el hombre sea, fin en sí mismo y no como un simple instrumento, que mantenga la dignidad que el mismo Dios le otorgó y de la que él mismo es responsable por un don recibido.

Frente a estos avatares y compromisos actuales de vida posmoderna que ha permeado la vida laboral, debemos comprender que “el amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos” (*Caritas in Veritate* N° 78).

4. CONCLUSIONES

En lo esbozado anteriormente en el cuerpo del artículo, surgen, a manera de conclusiones, retos y desafíos para la relación de dignificación en la empresa. Nuestro mundo requiere de hombres nuevos, dispuestos a encontrar en el evangelio un camino hacia Dios por medio del otro, con una concepción del desarrollo que supere el paradigma económico y la concepción pragmática del ser humano “el desarrollo necesita cristianos con los brazos hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, entendido como “*Caritas in veritate*”, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don (*Caritas in Veritate* N° 79).

En consecuencia la concepción de desarrollo deberá estar directamente orientada a la construcción de un mundo para el hombre, donde el fin último sea la existencia y la experiencia de vivir juntos, pues no se puede continuar construyendo un mundo para la maquinización en detrimento de la dignificación del trabajo, que agota recursos hasta el abuso. Es fundamental pensar un desarrollo que esté por encima de lo relativo y de lo efímero, lo meramente económico, vinculada a la participación de nuestra racionalidad con Dios, “sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es” (*Caritas in Veritate* N° 78), por ello nuestra experiencia de Dios debe estar incardinada en la acción del hombre y la capacidad de la correcta administración de los recursos que le da el mundo, es decir el desarrollo debe expresarse en un hombre que es capaz de vivir a Dios en su interioridad, pero también reflejarlo en los otros, es decir, un hombre que recuerda que el mundo es prestado y debe dejarlo en un mejor estado del que lo recibió para las generaciones venideras (principio de responsabilidad propuesto por Jonas), como lo refiere Panikkar:

El mundo, el hombre y Dios considerados como tres entidades separadas e independientes son incompatibles: no hay lugar para todo. En realidad Mundo, Hombre y Dios están entrelazados. Un mundo sin hombres no tiene sentido, sin creaturas dejaría de ser Dios, un hombre sin mundo no podría subsistir, y sin Dios no sería verdaderamente hombre. Dios se sublima pero la sublimación debe condensarse luego en alguna parte y es el interior del hombre lo que ofrece las paredes para la cristalización de Dios dentro del hombre: más no como un ser distinto que ha venido a refugiarse en nuestro interior, sino como algo que en rigor le pertenece y que solo momentáneamente había sido desplazado. El hombre no es un Dios, ni el centro de todo (Panikkar, 1996, p. 181).

En función de lo anterior la empresa y los empresarios tienen un papel crucial en el despliegue de la creación “el ser empresario antes de tener un significado profesional, tiene un significado humano” (*Centesimus Annus* N° 32). No solo tienen la tarea de generar bienes y servicios, sino de construir una organización empresarial y unas determinadas condiciones laborales en las cuales se respeten y se favorezca la dignidad de las personas y los derechos humanos y esta es la forma en que ellos pueden participar del despliegue de la creación:

Los líderes empresariales con unidad de vida, pueden responder a las serias exigencias que recaen sobre ellos con actitud de servicio...El liderazgo con espíritu de servicio es diferente del ejercicio autoritario de poder, presente con demasiada frecuencia en las empresas. Al vivir las responsabilidades empresariales de esta manera y desarrollar un verdadero liderazgo de servicio, ofrecen libremente sus habilidades y capacidades, para el crecimiento y la realización de los otros (Vocación del líder empresarial N° 13).

Es de esta forma que los empresarios deben hacer de la empresa un medio para la realización del ser humano, será este el espacio donde el hombre comprende que la vivencia de Dios es la vivencia con el otro, espacio en el cual él asume que “todo trabajador es un creador” o como lo reafirma *Caritas in Veritate*, que el “ser empresario antes de tener un significado profesional, tiene un significado humano” (N° 41) y es en estos espacios generadores y forjadores de valores en lo que se crea la “escuela del más rico humanismo”. “Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta” (Santiago 2, 14 - 17).

REFERENCIAS

Benedicto XVI. (2009). Carta encíclica *Caritas in Veritate*. Bogotá: Editorial San Pablo.

_____. (2009). Alocución a los educadores católicos en Italia. Disponible en: <http://m.aciprensa.com/noticia.php?n=25210>

Choza, J. (1988). *Manual de Antropología filosófica*. Madrid: Rialp.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Recuperado de: http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html

Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. Concilio Vaticano II. Recuperado de: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Cortina, A. (2008). *Ética de la empresa*. Madrid: Editorial Trotta.

Juan Pablo II. (1988) Carta apostólica *Mulieris dignitatem*. Recuperado de: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_15081988_mulieris-dignitatem_sp.html

- _____. (1991). Centesimus annus. Recuperado de: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_01051991_centesimus-annus_sp.html
- Mejía, J.L. (2010). Globalizar la solidaridad. En: Entre la fe y la razón, Colección memorias. Medellín. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Meza Rueda, J.L. (2009). La Antropología de Raimón Panikkar y su contribución a la Antropología Teológica Cristiana. (Tesis de Doctorado, Universidad Javeriana). Recuperado de <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/teologia/tesis02.pdf>
- Panikkar, R. (1963). *Humanismo y cruz*. Madrid: Rialp.
- _____. (1996). *El silencio de Buddha, una introducción al ateísmo religioso*. Madrid: Siruela.
- _____. (1999). *La intuición cosmoteándrica. Las tres dimensiones de la realidad*. Madrid: Trotta.
- _____. (2005). *De la mística: experiencia plena de vida*. Barcelona: Herder.
- _____. (1994). *Experiencia de Dios*. Madrid: PPC.
- _____. (1999). *La plenitud del hombre: una Cristofanía*. Madrid: Siruela.
- _____. (1998). *Entre Dios y el cosmos*. Paris: Albin Michel.
- _____. (1998). *La trinidad: una experiencia humana primordial*. Madrid: Siruela.
- _____. (1993). *Paz y desarme cultural*. Santander: Sal Terrae.
- _____. (1999). *La nueva inocencia*. Pamplona: Verbo Divino.
- _____. (2000). *El elogio de la sencillez*. Navarra: Verbo Divino.
- _____. (2007). *Mito, fe y hermenéutica*. Barcelona: Herder.
- _____. (1999). *El mundanal silencio*. Barcelona: Martínez Roca
- Pontificio Consejo de Justicia y Paz. (2012). La vocación del líder empresarial: una reflexión. XXIV congreso mundial de UNIPAC. Francia. Recuperado de: <http://www.pcgp.it/dati/2012-10/15-999999/Vocacion%20esp.pdf>
- Ruiz de la Peña, J.L. (1988). *Imagen de Dios: antropología teológica fundamental*. Santander: Sal Terrae.
- Shökel, A. (2003). *La Biblia del Peregrino*. Edición de estudio. Bilbao: Verbo Divino.